

Un bajista, tres mundos paralelos Ejercicio de autobiografía artística

Luis Guillermo González Hernández⁽¹⁾

Resumen: Este relato biográfico reconstruye la trayectoria de un bajista colombiano desde su vínculo con la carranga hasta su proyección profesional con Los Rolling Ruanas y la Orquesta La Pambelé. La obra destaca su formación académica, el diálogo entre músicas tradicionales y urbanas, y el papel de la colaboración en su carrera. La pandemia impulsó procesos de creación remota que marcaron un giro en su producción. La música aparece aquí como espacio de expresión, identidad y transformación cultural.

Palabras clave: música - bajo eléctrico - vallenato - carranga - Los Rolling Ruanas

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 210]

⁽¹⁾ **Luis Guillermo González Hernández.** Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. Músico, bajista y guitarrista de Bogotá Colombia. Interpreta la guitarra de 7 cuerdas en Los Rolling Ruanas, el Bajo Baby en la Orquesta La Pambelé y el bajo eléctrico en formatos musicales de vallenato y otros estilos de músicas de Colombia y del mundo. Maestro en Artes Musicales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Introducción

Este ejercicio autobiográfico reúne una cronología de eventos pero, sobre todo, pretende tomar distancia y ver el oficio de la música como un espacio de comunicación. Es una reflexión personal sobre mi vida como músico, un camino lleno de altibajos, aprendizajes y descubrimientos que giran en torno a la música y a lo que de ella se desprende: comunicación y expresión de seres humanos para seres humanos. A través de mis experiencias, he aprendido que ser músico es mucho más que interpretar notas o tocar instrumentos; se trata de cómo nos conectamos con nuestro entorno, cómo nuestras emociones y vivencias se plasman en cada acorde, en cada ritmo. La música, en su capacidad de trascender lo sonoro, se convierte en un mensaje profundo que intenta expresar lo que a veces no se puede decir con palabras.

El oficio de músico, aunque lleno de pasión, está marcado por desafíos que muchas veces no se ven desde afuera. La vida laboral del músico es dura, especialmente cuando los pro-

yectos y los géneros musicales se mezclan, como es mi caso, transitando entre la salsa, la carranga y el vallenato. Cada uno de estos géneros tiene su propio público, sus propias exigencias, y a veces las expectativas no siempre se alinean. Esta mezcla de ritmos y proyectos ha sido una forma de enfrentar la necesidad de adaptarse, de encontrar espacios para ser fiel a lo que soy y, al mismo tiempo, poder vivir de lo que hago. Sin embargo, la interacción con el público y las reacciones que generan nuestras presentaciones son una constante que redefine constantemente lo que significa ser músico en esta era.

Lo que he aprendido a lo largo de estos años es que el trabajo de un músico va mucho más allá del escenario. Las redes sociales, las relaciones interpersonales, las expectativas del público y las puestas en escena son elementos que atraviesan y definen nuestro trabajo. No solo se trata de interpretar una canción: es necesario crear una experiencia, conectar, generar un impacto emocional. En mi caso, el proceso de construcción de una identidad artística se ha formado en este crisol de géneros, públicos y contextos. Este ejercicio de autobiografía musical sirve como testimonio de cómo la música y la vida se entrelazan en un viaje continuo de autodescubrimiento y transformación.

Luego del relato de algunos hitos importantes de mi carrera, paso a una reflexión corta sobre la música, el bajo como instrumento y los muchos otros aspectos que, partiendo de lo musical, siento que lo trascienden.

La llegada de la música

Mi historia comienza en los municipios de Vélez y Bolívar, en el departamento de Santander, Colombia, donde nacieron mis padres, Miguel Guillermo González Castañeda y Nancy Hernández Peña. En medio de las fiestas y ferias locales, mi padre, músico de percusión, y mi madre, mujer fuerte y dedicada, se conocieron y comenzaron una relación que los llevó a migrar a Bogotá, buscando un futuro mejor. En Bogotá, ambos tuvieron que adaptarse a trabajos precarios: mi madre cuidaba a su sobrino y estudiaba sistemas por las noches, mientras mi padre, un deportista de vocación, luchaba con varios empleos, desde lavador de carros hasta payaso jalador en restaurantes. A pesar de las dificultades, siempre tuvieron el objetivo de sacar adelante a su familia.

El 19 de octubre de 1989 nací yo, Luis Guillermo González Hernández. Mis primeros días fueron en una incubadora por un tratamiento de fototerapia, pero pronto volví a casa, donde crecí rodeado de amor y esfuerzo. Mi padre, después de superar varios obstáculos, logró obtener su título de Licenciado en Educación Física, y fue esa educación, junto con su amor por los libros, lo que más admiré de él.

A los siete años ingresé al Liceo Hermano Miguel La Salle, un colegio que marcó mi vida. Allí, la fe católica y la música formaban parte de la educación, y fue el inicio de mi fascinación por la música. En los primeros años, cantaba en el coro y participé en festivales de la escuela. Pero lo que realmente me marcó fueron las vacaciones en la casa de mis abuelos en Vélez, Santander. Allí, en medio de los árboles frutales y la tranquilidad del campo, mi abuela me enseñó a cuidar los discos de vinilo y a usar el tornamesa. Escuchaba música

colombiana y latinoamericana, pero también mis primeros pasos en la música los di con artistas como Los Beatles, gracias a mi tío Plinio, quien me regaló mi primera guitarra.

En esas vacaciones, observaba cómo mi abuelo, con su tiple, tocaba canciones tradicionales, y era inevitable sentirme atraído por la música. Mi tío Plinio también me enseñó mi primera canción, un vals de Darío Gómez llamado *Así se le canta al despecho*. Esos momentos de aprendizaje en casa de mis abuelos fueron cruciales para mi camino como músico. La música me vino por el entorno familiar.

Al terminar la primaria, la música se convirtió en mi gran interés. A pesar de que el colegio no era estrictamente musical, la influencia del profesor Oscar Mazabel, que dirigía el coro, dejó huella en mí. No fue hasta los 17 años que la música se convirtió en una verdadera pasión. Ingresé al Liceo Hermano Miguel La Salle y en el proceso de estudiar, fui descubriendo mi amor por la guitarra y más tarde, por el bajo eléctrico.

La Música en el Lhemi y la llegada del bajo eléctrico a mi vida

Terminé la primaria y pasé a bachillerato mientras mi familia se mudaba a un apartamento en Suba, fruto del esfuerzo de mis padres. En el colegio, las clases de música con el profesor Jairo González despertaron mi interés. Allí noté que había otros estudiantes con guitarra y cantando también, uno en específico se hizo mi amigo, Gabriel Fernando Cely Fonseca. Cantábamos canciones como *María música de Dios* en las eucaristías. Al año siguiente llevé mi guitarra nueva, regalo de mi Tío Plinio, y conocí a mi gran amigo Gabriel Fernando Cely Fonseca, con quien compartía el gusto por tocar y cantar. Interpretábamos rancheras, boleros, y temas de Andrés Cepeda y Juanes.

Nuestra adolescencia estuvo marcada por bandas como Red Hot Chili Peppers, System of a Down, Blink 182, The Offspring, Sum 41, y también Maná, Los Rodríguez y Los Fabulosos Cadillacs. Fernando y yo formamos parte de las bandas estudiantiles que surgieron con estos referentes. Para un *English Day*, decidimos tocar *By the Way* de Red Hot Chili Peppers. Fernando en guitarra y voz, yo en batería con unas baquetas regalo de mi papá, e invitamos a Sergio Rojas para el bajo. Éramos unos adolescentes de 13-14 años cursando octavo grado.

Durante nuestra presentación ante unos 1000 estudiantes, sucedió algo inesperado: una de mis baquetas salió volando. Continué tocando solo con la izquierda mientras buscaba desesperadamente la otra. Recuerdo a mis compañeros riéndose mientras yo me levantaba a buscarla, dejando la batería en silencio por unos segundos antes de retomar.

Después de esta experiencia, Sergio me dijo con sinceridad: “Memo, usted en la batería es muy malo, pero debería tocar el bajo, yo le enseño”. Propuso formar una banda con él en guitarra líder, Fernando en guitarra acompañante, su hermano Juan Sebastián Rojas en batería y Misael Salazar en teclados. Acepté, y así nació nuestra primera agrupación.

Ensayábamos todos los sábados en el colegio, de 8am a 5pm, montando canciones de Mago de Oz, Maná, Fito Páez y Fabulosos Cadillacs. Pronto nos convertimos en la banda oficial del colegio y tocábamos en otros colegios de la ciudad, principalmente femeninos.

En un festival nos preguntaron nuestro nombre, y así surgió Chanfle 112, combinando una expresión espontánea con la suma de nuestros números de lista.

Así me enamoré del bajo eléctrico. Un día vi a Sergio tocando *Dime Pajarito*, del Binomio de Oro, con el grupo vallenato del colegio, y le pedí que me enseñara. Así, además de la banda de rock, me convertí en el bajista del grupo vallenato del colegio.

Luego me uní a la Lhemi Orquesta, proyecto bajo la dirección del profesor Gustavo Motta, donde tocábamos salsa, merengue y cumbias. Allí aprendí a leer cifrado americano (A=la, B=si, C=do...), lo que impulsó significativamente mi desarrollo musical.

En 2005, durante décimo grado, atravesé un período de bajo rendimiento académico. Mis padres me dijeron que debía dejar todos los grupos musicales hasta recuperar mis materias. Mi padre me impuso un arduo régimen académica para seguir mis avances. Semanas después, en una reunión con la psicóloga, mi padre me hizo una promesa: si recuperaba todas las materias, me comprarían el bajo que llevaba pidiendo por tres años. Me esforcé al máximo y, al aprobar todo, compramos mi primer bajo, un Washburn de 6 cuerdas, en la tienda La Colonial de la carrera séptima en Bogotá.

Ese mismo año ocurrió algo que me marcó profundamente: el 1 de mayo de 2005, el ES-MAD (Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía Nacional de Colombia) asesinó a mi compañero de ruta, Nicolás David Neira Álvarez, de 15 años, durante las marchas del Día del Trabajo.

Al finalizar el bachillerato, gracias a un convenio del colegio, me inscribí en Ingeniería Mecánica en la Universidad Santo Tomás. Aunque me hicieron firmar un compromiso de no unirme a la orquesta universitaria, lo primero que hice fue inscribirme en La Totoband, dirigida por el Maestro Manuel “El Mañe” Rodríguez. Cuando me preguntó si sabía leer partitura, le conté que conocía el cifrado pero que las figuras del pentagrama me costaban. Me dio la oportunidad con un tema sencillo llamado *El yoyo C7*, y así me gané su confianza.

Esta experiencia con la orquesta universitaria me ayudó a descubrir y reafirmar mis capacidades musicales, llevándome finalmente a tomar una decisión trascendental: decirles a mis padres después de graduarme de bachiller que quería estudiar música.

Ingreso a la Facultad de Artes ASAB, Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Recuerdo como si fuera ayer el primer día que fui solo al centro de Bogotá. Aunque alguna vez había acompañado a mis padres, era la primera vez que iba solo para presentar el examen de admisión al preparatorio en diciembre de 2006. Este examen era para el programa de Artes Musicales en la Universidad Distrital, en un edificio ubicado en el corazón de San Victorino, barrio conocido por su bullicio y caos. Fui acompañado de mis amigos del colegio, Misael y Sergio de la banda Chanfle. Entré primero por orden alfabético, lo que incrementó el estrés de un examen con tres pruebas eliminatorias.

El examen tenía tres partes. Primero, un programa de computador que medía nuestras aptitudes y actitudes frente a la música. Aprobé con un 63.2%, lo que me dejó fuera en esa oportunidad. Después de recibir la noticia, pasé varios meses trabajando en el gimnasio de

mi padre, mientras seguía ensayando con mis amigos y la Totoband, grupo que me ayudó a seguir mejorando. Decidí que el siguiente año lo intentaría nuevamente.

En junio de 2007, con más preparación y determinación, me presenté otra vez al examen de admisión. La primera parte la superé con un 85%, lo que me dio confianza. La segunda parte era un examen de dictado, donde debía repetir melodías y ejercicios. Lo superé fácilmente. Finalmente, llegué al examen de instrumento, mi especialidad: el bajo eléctrico. Elegí tocar el vallenato *Sin medir distancias*, del cantante colombiano de vallenato Diomedes Díaz. Cuando terminé, los maestros Ricardo Barrera Tacha y José “Chepe” Ariza me evaluaron, y con su aprobación me dieron la bienvenida a la Universidad. Había alcanzado mi sueño de ingresar a la universidad pública a estudiar música.

Estaba emocionado con esta nueva etapa en mi vida. Al entrar al preparatorio, me encontré con una academia rigurosa, donde estudiábamos materias como Armonía, Gramática Musical, Instrumento (bajo eléctrico), Voces y Taller. Mis primeros maestros fueron Juan Pablo Rubio (Gramática), Dario Chitiva (Armonía), William Durán (Taller), Ana María Ulloa (Voces) y Daniel Cobos (Instrumento). A pesar de la gran carga de trabajo, estos profesores fueron claves para mi formación. Aprendí mucho sobre música, pero también sobre disciplina y responsabilidad.

El preparatorio no fue fácil. La exigencia era alta y el grupo de 70 estudiantes pronto se fue reduciendo a solo 14 después de cuatro semestres. Este proceso de selección me hizo enfrentarme a mis propias inseguridades, pero también me ayudó a crecer y a decidir que seguiría este camino. La Facultad de Artes ASAB era un espacio lleno de creatividad, con estudiantes de música, artes plásticas y escénicas, y cada día se sentía como un nuevo descubrimiento.

Sin embargo, la vida universitaria también tuvo sus desafíos. En los espacios libres, conocí a muchos estudiantes con quienes compartí experiencias, algunos de los cuales consumían sustancias como marihuana y LSD. Aunque la universidad tenía un ambiente de libre expresión, este mundo paralelo también trajo consigo ciertos riesgos. A pesar de esto, pude concentrarme en mi música y en mi carrera, sabiendo que el verdadero desafío era seguir adelante con mi formación.

Así fue como ingresé a trabajos como músico donde tuve mis primeras experiencias profesionales. A lo largo de esos años, trabajé con varias bandas de distintos géneros musicales. Mi primer trabajo importante fue con la organización A&L, tocando música tropical en las ferias y fiestas municipales. Aunque los honorarios eran bajos, entre COP \$120,000 y \$150,000 (unos 60 dólares de la época) por una noche de trabajo, fue una experiencia que me enseñó lo duro que puede ser ganarse la vida como músico. Viajar durante horas a un pueblo para tocar toda la noche y luego regresar al día siguiente era una rutina exigente, pero también me dio una perspectiva realista del trabajo en la música.

En 2012, una amiga de mi banda, Totacera, me comentó sobre audiciones en el restaurante Andrés Carne de Res, un lugar de referencia en el entorno capitalino de entonces. Me presenté, hice mi audición, toqué *Usted abusó*, la famosa canción de salsa y, para mi sorpresa, fui contratado. El trabajo allí me permitió conocer a muchos músicos talentosos y adquirir una experiencia valiosa en el escenario. Fue un paso importante en mi carrera profesional. Un tiempo después, cuando había un puesto vacante para un guitarrista que cantara, recomendé a Fernando Cely, quien había sido mi compañero de música en el colegio. El reen-

cuentro con Fernando fue emocionante. Empezamos a trabajar juntos, y nuestra química como músicos nos permitió destacar entre los demás.

A lo largo de esos años, me mantuve enfocado en mi formación musical y en mi carrera profesional. Aunque los desafíos eran constantes, seguía trabajando duro, aprendiendo nuevas técnicas y perfeccionando mi habilidad con el bajo. Cada nueva banda y cada nueva experiencia me enseñaron algo diferente y me acercaron un poco más a la vida que había soñado: ser un músico profesional.

Nuestro público en Andrés Carne de Res serían siempre los comensales que iban al restaurante, con su atención en la comida, más que en los conciertos o performances que ofrecía el lugar. Muchas veces ni aplaudían al final de las canciones, pero esto era algo normal en el espacio que nos encontrábamos. Un día de 2013 nos invitaron a hacer parte de la empresa, nos dijeron que asumirían el pago de nuestra seguridad social y tendríamos un contrato directo con la empresa, razón por la cual ganaríamos menos dinero. Inmediatamente muchos de los músicos que prestamos nuestros servicios artísticos renunciamos. Fue un momento de angustia económica, al estar de nuevo desempleado, viviendo de la chisga (como se conoce en el ámbito profesional de la música el oficio de no tocar música propia), haciendo parrandas vallenatas los fines de semana. Volví a tocar la puerta de A&L, de nuevo viajé a las ferias de los pueblos, dicté clases de guitarra a niños en una academia de música y seguí estudiando mi carrera, enfocado en terminar pronto.

A los seis meses de salir del restaurante recibí una llamada a mi celular. Era Fernando, me preguntó si estaba trabajando con alguien, si tenía alguna idea de tocar carranga, en la guitarra, o sea los bajos (que es lo usual en ese formato) y si tenía tiempo para tocar con unos amigos de él. Yo le respondí que estaba dedicado a la chisga y a terminar la universidad, que contara conmigo, pero que tenía un problema: no tenía guitarra en ese momento. Él me dijo, usted no se preocupe, yo le presto la mía y vamos a un toque que tengo con ellos. Llegué muy puntual a una dirección en Chapinero (centro de Bogotá) que me dio Fer y así conocí a Juan Diego Moreno y a Jorge Mario Vinasco. Fue amor a primer acorde, ese ensayo fluyó demasiado, me habían enviado un listado de canciones del maestro Jorge Velosa y esas fueron las canciones que tocamos en el evento.

Nacimiento de Los Rolling Ruanas

Después de haber cursado tres semestres de música campesina en la Universidad Distrital, bajo la dirección del maestro Efraín Franco, ya tenía las bases necesarias para interpretar la música carranguera. La experiencia adquirida en el ensamble de gran formato, que incluía guitarras, triples y guacharacas, me dio las herramientas esenciales para los primeros ensayos con Los Rolling Ruanas. En esos semestres, a pesar de algunos contratiempos personales, como la pérdida de una materia por mis trabajos en el restaurante Andrés Carne de Res, seguí adelante con determinación. Mi promedio estaba por encima de 4.0, y para el siguiente año decidí que debía ser más disciplinado en mi esfuerzo académico.

La carranga es un género musical tradicional de la región andina de Colombia, especialmente de los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, y Santander. Se caracteriza por su

uso de instrumentos como la guitarra, el tiple, el requinto y la guacharaca, una especie de flauta de caña. La música carranguera tiene una fuerte conexión con las tradiciones rurales y campesinas, y sus letras abordan temas como la vida en el campo, el trabajo agrícola, las costumbres locales y el amor por la tierra. Es una expresión de identidad cultural que resalta el folclore colombiano y su herencia rural.

En 2015, cuando acepté la invitación de Fernando para unirme a un nuevo proyecto musical, quise desde un inicio aportar desde mi guitarra, con mi estilo, sin perder la esencia del sonido carranguero. Comenzamos con algunos *covers* de Jorge Velosa, el padre de este género, con canciones como *La Gallina Mellicera*, *Julia*, *Julia* y *Para con papas y ají*. Estos ensayos fueron significativos, además de tocar nos conocíamos como personas, compartiendo chismes y risas entre cada tema.

La formación de Los Rolling Ruanas comenzó como una broma entre amigos. Un día, mientras ensayábamos, Jorge tocó un acorde en su tiple que emocionó a Fernando, quien comenzó a cantar el coro de una canción de The Beatles, *A Hard Day's Night*, al ritmo de una carranga. Así, entre risas, decidimos montar la canción completa, y para el cuarto ensayo grabamos un video. Fernando lo subió a Facebook el 12 de junio de 2015, y en menos de una semana, el video alcanzó más de 500,000 reproducciones. Esta viralización fue el comienzo de lo que sería el fenómeno de Los Rolling Ruanas.

Poco después, nos invitaron a tocar en un festival de músicas campesinas en Pitalito, Huila. Llegamos como un grupo nuevo, y cuando nos anunciaron desde la tarima, el público nos recibió con un aplauso cálido y emocionado. Fue nuestra primera experiencia como banda reconocida.

A finales de 2015, decidimos crear otro *cover* de un clásico del rock. Esta vez elegimos *I Was Made for Loving You* de Kiss. Grabamos el video y lo subimos en la noche a nuestra página de Facebook y a YouTube. Al día siguiente, el video comenzó a acumular vistas y comentarios. Lo que empezó como una curiosidad se convirtió rápidamente en un fenómeno viral. El video llegó a ser compartido en la página oficial de Kiss en Facebook, y nuestra banda pasó de ser un grupo local de Bogotá a un fenómeno internacional, con amigos en Argentina, Chile, Alemania y Estados Unidos compartiendo nuestro trabajo.

Este momento de viralidad nos abrió puertas: entrevistas, invitaciones a conciertos y eventos de todo tipo. Nunca imaginamos que un video casero y un *cover* de Kiss nos llevaría a tocar en escenarios grandes y a ser reconocidos por miles de personas, tanto en Colombia como en el extranjero.

Pero con el éxito viral, llegó también la necesidad de profesionalizarnos. Sabíamos que debíamos trabajar en nuestra propuesta original. A finales de 2016, lanzamos nuestro primer EP, *Origen*, que incluía canciones propias como *Ruanas On* y *Dueña de mi Historia*. El éxito de los *covers* había sido rotundo, pero ahora queríamos mostrar nuestra música original, llevar un mensaje claro de amor por nuestras raíces y por el campo.

En 2017, lanzamos nuestro primer disco de larga duración, *La Balada del Carranguero*, con ocho canciones propias. En paralelo, nos preparamos para participar en el Festival Rock al Parque 2017, el festival de rock y música juvenil más importante de Colombia y el que, sin duda, tiene mayor tradición en nuestro país. Fue nuestra primera vez en un festival tan grande, y la emoción de tocar en un escenario principal, frente a miles de personas, fue indescriptible. Aunque tuvimos que enfrentarnos a algunas críticas y expresiones de

desagrado, el apoyo de nuestro público fue abrumador y nos permitió seguir adelante con más fuerza.

En 2018, decidimos dar el siguiente paso y salir del país. Con el apoyo de Raag Sound, nuestra agencia de *management*, organizamos una gira por Estados Unidos, que incluía ciudades como Nueva York, Chicago, Miami y Minneapolis. Fue la primera vez que Los Rolling Ruanas pisaron tierras extranjeras. Aunque estábamos lejos de casa, la música nos unió con los colombianos en la diáspora y con otros públicos internacionales que se sentían identificados con nuestra propuesta. Nos sorprendió ver cómo la gente reaccionaba con tanto entusiasmo a nuestra música, aun cuando era completamente nueva para ellos.

En 2019, nos embarcamos en nuestra primera gira por Europa, con presentaciones en España, Alemania, Italia, Francia y Bélgica. Fue una experiencia única, tocando en ciudades como Madrid, París, y Lyon, donde nuestra música fue recibida con gran calidez. En Sevilla, un público pequeño pero entusiasta comenzó a bailar nuestra música, y nos dimos cuenta de que estábamos logrando algo especial.

Con el éxito de nuestras giras, nos dimos cuenta de que Los Rolling Ruanas no solo eran un fenómeno viral, sino una banda profesional que representaba la música carranguera con una visión fresca y renovada. El lanzamiento de nuestro disco *Sangre Caliente* en 2018 consolidó nuestra propuesta. En ese disco, exploramos nuevos sonidos, mezclando lo tradicional con lo contemporáneo, y nos dimos cuenta de que estábamos creando algo único. Nuestra comunidad de seguidores creció, y el compromiso con el proyecto se hizo más fuerte. Aprendimos a manejar la parte empresarial de la música, con el apoyo de Raag Sound, gestionando nuestras giras, grabaciones, y contratos. A medida que avanzábamos, la idea de Los Rolling Ruanas se fue convirtiendo en un símbolo de amor por la música colombiana, por nuestras raíces y por el compromiso de seguir llevando nuestro mensaje a todos los rincones del mundo.

Pandemia, cuarentena: ¿una vida nueva?

Marzo de 2020 llegó con un giro inesperado para todos. Teníamos planeado lanzar un nuevo disco en mayo, con un evento en el Teatro Mayor Julio Mario Santodomingo, pero todo fue cancelado por un comunicado del Gobierno que prohibió los eventos masivos y nos obligó a quedarnos en casa por al menos seis meses. No lo podía creer.

En ese entonces, vivía con alguien en un apartamento, pero decidimos mudarnos a una casa más grande. Comenzó un año y medio de introspección, cambios y exploración. A pesar del aplazamiento de nuestro disco, continuamos la preproducción de manera remota. Compartíamos ideas a través de Google Drive, con Fernando tomando el rol de productor. Aunque estábamos distanciados, el encierro nos dio la oportunidad de enfocarnos más en la música y expresar lo que sentíamos en ese momento tan complejo.

Durante la cuarentena, me compré una planta carnívora antes de viajar a Europa. En el confinamiento, esa planta se reprodujo y terminé con cinco. Esto marcó el inicio de *La Huerta de Memo*, un espacio dedicado al cuidado de mis plantas. Pasaba horas investigando sobre las especies y aprendiendo a germinar semillas de los frutos que consumía.

Además, tenía a Max, mi perro de 13 años, y a Balú, otro perro adoptado. Entre las plantas y los perros, con la guitarra y el bajo, pasaba los días componiendo canciones para mí y para Los Rolling Ruanas.

Este periodo de aislamiento nos permitió crear *Nueva Tierra* (2021), un disco que refleja los distintos estados de ánimo y situaciones que experimentamos durante la pandemia. Cada canción fue una reflexión sobre lo que vivíamos y lo que estábamos aprendiendo.

Mientras estábamos enfocados en el proyecto del nuevo disco, Fernando creó su emprendimiento, El Padrino Estudio, que se convirtió en el lugar donde grabamos todas las canciones del nuevo álbum. Después de un año sin vernos, nos reencontramos con mucha motivación, aunque el entorno seguía siendo difícil debido a las restricciones económicas. Durante ese tiempo, recibí una llamada de Camilo Toro, un amigo pianista de una banda de pop latino con la que había tocado años atrás, La Intertropica. Me propuso unirme a su nuevo proyecto: una orquesta de salsa. Me habló sobre la idea de crear música propia, influenciada por los sonidos de salsa de los años setenta. Acepté encantado, ya que siempre me había apasionado la salsa y tenía buenos recuerdos de mi participación en el Festival Salsa al Parque con un proyecto al que llamamos La DC Charanga en 2013.

Comenzamos a ensayar en casa de Camilo con su socio, Miguel Rodríguez, la voz principal de la orquesta. Conocí a los demás miembros del grupo, como los vientos Leonardo Zambrano (trombón) y Andrés Castrillón (trompeta), con quienes ya había trabajado en el pasado. La química entre nosotros fue inmediata, y con cada ensayo, la banda comenzó a afianzarse.

Camilo tenía un bajo Fender Precision Bass que me prestaba para los ensayos. Durante la pandemia, había estado subiendo videos tocando mi bajo en redes sociales, y un día, Camilo me preguntó si tenía un bajo baby, un instrumento que había comprado años atrás. Le dije que sí, pero que no lo tocaba mucho debido a que no me sentía tan seguro y el instrumento no estaba listo para tocar en vivo. A pesar de mis dudas, Camilo me sugirió que lo probara en el ensayo. Lo limpié, lo preparé y me sentí cómodo tocando salsa con él. El baby es una adaptación especial del contrabajo muy usada en el ámbito de la salsa; más que una reducción del tamaño es un sonido nuevo, más nasal, más cortante, más asociado a este género musical.

El día del ensayo, la banda quedó impresionada con el sonido del baby. Camilo y Miguel me pidieron que tocara con ese bajo en lugar del eléctrico, y así se decidió: este sería en adelante el bajo oficial de la orquesta. Comencé a estudiar más a fondo el repertorio y la técnica necesaria para tocarlo correctamente, ya que este requería un enfoque diferente al que estaba acostumbrado. La experiencia de tocar salsa con este nuevo bajo fue enriquecedora y me permitió redescubrir mi amor por este género.

El proyecto de La Pambelé comenzó a tomar forma rápidamente. En poco tiempo, grabamos nuestro primer disco, titulado *Primer Round*. Fue una experiencia increíble grabar en el estudio Mambo Negro, el mismo estudio donde habíamos grabado los discos anteriores de Los Rolling Ruanas. Con la producción de Mario Galeano y la ingeniería de sonido de Daniel Michel, logramos capturar la esencia de la salsa tradicional con un toque moderno y fresco. El disco fue lanzado en vinilo, lo que lo convirtió en una pieza de colección para los amantes de la salsa en Bogotá y el país. Nuestra orquesta comenzó a abrirse un espacio en el mundo de la salsa en la ciudad, llevando nuestra propuesta a bares *underground* donde la

música salsa se mantenía viva. La comunidad de La Pambelé creció, y fuimos testigos del impacto de nuestra música en los oyentes, quienes se sintieron conectados con el mensaje de nuestra banda.

Este nuevo proyecto me dio la oportunidad de volver a tocar salsa a fondo, y de colaborar con músicos talentosos que compartían mi amor por el género. A través de La Pambelé, he aprendido mucho sobre la salsa, sobre la vida en la música y sobre cómo crear una conexión profunda con el público. A día de hoy, la banda sigue creciendo, y mi carrera sigue evolucionando, siempre impulsada por mi pasión por la música y el deseo de seguir aprendiendo y compartiendo lo que amo.

Un Bajista de Salsa, Carranga y Vallenato por el Mundo

En 2023, nuevos proyectos marcaron el año, pero uno de los más significativos fue nuestra participación en el Festival Salsa al Parque 2023. Tras inscribirnos en la convocatoria distrital para residentes en Bogotá, superamos el primer filtro, que evaluaba la organización y presentación de los documentos, y fuimos seleccionados para audicionar frente a tres jurados en el escenario del teatro al aire libre La Media Torta, en el centro de Bogotá, uno de los lugares más representativos de la movida independiente de la ciudad. Con el puntaje más alto, logramos el primer puesto.

El 3 de junio de 2023, nos presentamos a las 7:00 p.m., justo después de la Orquesta Dimensión Latina y antes de Jimmy Bosch. Fue un momento mágico, lleno de salsa, baile y alegría. Interpretamos nuestra propuesta, fusionando la salsa clásica con nuestra interpretación de la música, inspirados por artistas como Markolino Dimond y Eddi Palmieri. El público nos acompañó, y al bajar del escenario, nos abrazamos, agradeciendo a la vida y al universo por ese logro tan especial. Recibimos muchas felicitaciones de artistas y colegas, lo que nos motivó a seguir adelante con la grabación de nuestro segundo disco.

La vida del músico está llena de ensayos, planes, vestuarios y repertorios, pero también está llena de emociones, sueños, frustraciones y decepciones. Los artistas somos personas sensibles con la labor de transmitir nuestros sentimientos a través de la música. Vivimos en un país donde, aunque ser músico no siempre es el camino más lucrativo, muchos jóvenes se ven obligados a estudiar carreras que no les apasionan, ¿debido a la presión social. Sin embargo, después de nuestra experiencia en Salsa al Parque y con la grabación de nuestro segundo disco en marcha, me sentí muy motivado y convencido de mi rol como bajista. Me sentía preparado para seguir creciendo y fortaleciendo el sonido de La Pambelé.

Aunque la salsa era mi enfoque principal en ese momento, también seguía trabajando con Los Rolling Ruanas. Un proyecto que, como siempre, me apasionaba. El año 2023 trajo consigo una oportunidad única: viajar a la India. La Embajada de Colombia en India nos invitó a llevar nuestra música a tres ciudades: Nueva Delhi, Bangalore y Kohima, en Nagaland. Fue una experiencia inolvidable. Tras un largo viaje de 36 horas, nos recibieron en el aeropuerto de Nueva Delhi, donde nos acogió la cónsul Angélica Patiño y su esposo, el músico Santiago Ramírez. Nos llevaron a la casa del embajador, Víctor Hugo Echeverri, quien nos dio una cálida bienvenida.

En Nueva Delhi, visitamos el Global Music Center, donde ofrecimos una charla sobre la música carranguera y nuestros instrumentos, compartiendo nuestra cultura colombiana con estudiantes de música. Luego, en la embajada, ofrecimos un show exclusivo para diplomáticos, donde mostramos la riqueza de nuestra cultura a través de fotografías sobre el territorio y la gente de Colombia. Después, viajamos a Agra, donde visitamos el Taj Mahal, una experiencia que me dejó sin palabras, tanto por su belleza como por la perfección en sus detalles.

Tras esa experiencia, nos dirigimos a Kohima, en Nagaland, en la zona más al noreste de India, cerca de la frontera con China. Allí, el Hornbill Festival nos permitió representar a Colombia en medio de tribus locales que mostraban sus danzas ancestrales. Nuestra actuación, en la que tocamos nuestras canciones de carranga, fue recibida con entusiasmo. En un momento, invitamos al público a bailar carranga, enseñándoles los pasos básicos. Fue una experiencia única ver a 3.000 personas de todo el mundo “aletear” al ritmo de nuestra música, fusionando culturas en un solo baile.

Luego viajamos a Bangalore, donde nuestro concierto fue en un bar de jazz, y otro en un bar exclusivo del hotel donde nos hospedábamos. El calor humano de la gente fue impresionante. A través de esta gira por la India, nos dimos cuenta de cómo la música conecta a las personas, sin importar las distancias culturales.

De regreso en Colombia, mi vida continuó con nuevos proyectos. En 2023, retomé las parrandas vallenatas, una actividad que disfruto mucho y que me conecta con mis raíces. Recibí una invitación de mi amigo Oscar Sandoval para tocar con él en las parrandas, algo que había dejado de hacer por razones personales y económicas. Sin embargo, acepté la invitación con gusto, recordando lo que siempre me ha apasionado: tocar música vallenata, un género que ha formado parte de mi vida desde siempre.

Hoy, con 35 años, miro atrás y me sorprende por todo lo que he vivido en mi carrera musical, desde las tierras de la India hasta las parrandas vallenatas. Agradezco las oportunidades que la vida me ha brindado, los aprendizajes y, sobre todo, la capacidad de conectar con la gente a través de la música. Mi música, que comenzó como un sueño, hoy sigue siendo mi motor y mi mayor inspiración.

En 2024 recibimos la noticia que estrenaríamos el segundo trabajo discográfico de La Pambelé en un gran concierto en el Teatro Colsubsidio, otro importante escenario de la capital, el 5 de Abril, en compañía de dos grandes artistas internacionales que aceptaron la invitación de hacer parte de este momento tan especial y maravilloso en la vida de La Pambelé. Ellos son: El maestro Jimmy Bosch (trombonista Neoyorquino) a quién tuvimos el honor de conocer en el Festival Salsa al Parque en 2023 y que nos felicitó después de nuestra presentación y con el maestro Tonny Succar, percusionista peruano, a quién no conocía ni había escuchado antes, pero que definitivamente me impresionó con su forma de tocar el timbal. Con estos grandes músicos grabamos canciones.

Y así fue: llegó el 5 de Abril y dimos un show maravilloso con un *sold out* que nos motivó aún más a salir con mucha energía a dar lo mejor, en compañía de un elenco de baile llamado Kilombo, que también nos acompañó el año anterior en el festival.

De esta manera comenzaría el proceso de preproducción del tercer disco de la Pambelé que ya cuenta con las dos canciones que grabamos con estos dos maravillosos artistas que nos acompañaron en el concierto y con d grabaciones más que realizamos en el mes de

octubre, luego de la edición del festival Salsa al Parque 2024, donde estuvo el maestro Aláin Perez, quien es uno de los nuevos invitados y la Orquesta Aragón de Cuba.

En este punto, pienso: tantas cosas que suceden, con tanta velocidad, que uno a veces ni es consciente de los espacios que ocupa y los caminos que recorre. ¿Por qué lo digo? Porque luego de nuestro concierto en el Teatro Colsubsidio, recibimos la noticia que abriríamos el concierto de Marc Anthony 1° de agosto en el Coliseo Med Plus de Bogotá. Quedamos estupefactos y muy emocionados con la noticia. Preparamos un gran show, que duró exactamente 59 minutos, justo el tiempo que teníamos disponible en el escenario antes de la salida de Marc. Y así fue, salimos desenfrenadamente, con el estalle que nos caracteriza y dimos un concierto espectacular, con toda la infraestructura que ofrece este grandioso coliseo. La gente cantaba nuestras canciones, algunos ya las conocían (se está haciendo bien el trabajo) y al finalizar quedamos muy contentos y satisfechos con lo que ofrecimos al público y los comentarios recibidos.

Celebración de los diez años de Los Rolling Ruanas en el Teatro Astor Plaza

En 2023, celebramos diez años de Los Rolling Ruanas, un viaje que comenzó en el apartamento de Juan Diego, tocando canciones del Maestro Jorge Velosa, y que nos llevó a recorrer un camino lleno de logros, música, emociones y, sobre todo, un profundo amor por el campo y nuestras raíces. Después de años de trabajo con Simón Vallejo, nuestro manager, decidimos iniciar una nueva etapa, comenzando con nuestra celebración en el Teatro Astor Plaza de Bogotá.

Con la dirección escénica del Maestro David Moncada y un equipo de más de 15 personas, preparamos un espectáculo de dos horas y 44 minutos, con una puesta en escena que repasó los momentos más significativos de nuestra historia. Fue un homenaje a la música carranguera, a nuestras familias, a Colombia y a nuestro público, que ha sido testigo de nuestra evolución. Para ellos, este concierto fue una forma de agradecerles por su apoyo incondicional a lo largo de esta década.

En 2024, después de concluir nuestra relación con Simón Vallejo, nos unimos a la agencia Claps 360, representados por Adriana Cabrales, Andrés Aldana y Cesar Mancipe. Este cambio nos permitió enfocarnos en nuevos proyectos, incluyendo la producción de nuestro segundo disco, mientras manteníamos viva nuestra esencia. Este aniversario no solo fue un homenaje a los logros de la banda, sino un agradecimiento a nuestras familias, quienes nos han apoyado en todo momento. Mi reflexión personal sobre estos 35 años es un recordatorio de que seguir nuestros sueños es fundamental. Como artista, aprendí que no hay límites para lo que podemos lograr si seguimos nuestras pasiones, respetamos a nuestros colegas y nos entregamos con profesionalismo a nuestro arte.

Hoy, Los Rolling Ruanas continúan escribiendo su historia. Con diez años de música, hemos demostrado que la música puede ser un vehículo de transformación personal y social, y seguimos adelante con el mismo amor por lo que hacemos.

Reflexiones (¿finales?)

A lo largo de este recorrido, yo mismo hago consciencia de que he vivido momentos clave que marcaron mi desarrollo como músico y como persona. Desde los inicios en el apartamento de Juan Diego, con ensayos improvisados de canciones del maestro Jorge Velosa, hasta la consolidación de Los Rolling Ruanas como una banda reconocida en el ámbito nacional e internacional. Los momentos más significativos, como nuestra participación en el Festival Salsa al Parque 2023 o nuestra gira por India, son hitos que no solo reflejan el esfuerzo y la dedicación detrás de cada proyecto, sino también el poder transformador de la música en nuestras vidas. Cada paso nos llevó a descubrir nuevas formas de expresión y a conectar con públicos diversos, siempre con el mismo mensaje de amor y respeto por nuestras raíces.

Esto fue posible porque en el entorno familiar encontré la música, y la música me encontró. Luego, el círculo de amigos con intereses afines hace que esta pasión se expanda. Luego, con la profesionalización llegan los retos propios de aprender a vivir del oficio que se ama. No ha sido fácil, pero encuentro que la claridad al momento de iniciar los proyectos es clave para que estos se sostengan en el tiempo.

Sin embargo, ser músico no se trata solo de momentos de gloria sobre el escenario. El verdadero reto del oficio radica en la interacción constante con el público y la necesidad de construir una estructura económica que permita sostenerse de lo que se ama. La música no solo se vive en el escenario, tiene un trasfondo empresarial si el cual no es posible constituirlo como forma de vida. La gestión de proyectos, la relación con agentes, managers, promotores e intermediarios son clave. En mi experiencia, trabajar en lo que se es bueno, como músico, es la manera más digna de vivir, y el mínimo que un músico debe obtener es la posibilidad de derivar su sustento de su oficio. Aunque esto implique retos extraordinarios, la música es una de las formas más puras de expresión humana, y aquellos que logran vivir de ella llegan a ello después de muchas decisiones radicales.

La viralidad que alcanzaron Los Rolling Ruanas con nuestra interpretación de canciones del repertorio internacional también da algunas pautas de aquello que le interesa al público: la gente quiere sorpresa, cosas novedosas. Pero, además, muestra que para hacerse relevante es importante hablar lenguajes que otros hablan: pudimos construir un proyecto de carranga para públicos internacionales porque la llevamos a otro lenguaje, el rock. Aunque en el caso de la salsa y el vallenato el movimiento es diferente: mantenerse en un género, con su estética, sus códigos sonoros, sus formas, pero dotándolo de elementos novedosos. La viralidad no es un fenómeno que se pueda controlar, pero se aprende a gestionarla. Lo más importante en este proceso fue que no nos dejamos llevar solo por el éxito inmediato. Cada paso que dimos, cada decisión de cambiar de rumbo, de fusionar géneros y de adaptarnos a nuevas audiencias, fue una lección de cómo la música puede trascender barreras y crear comunidades. Al final del día, esa viralidad se produce cuando algo que haces resulta de interés para otros. Pero, ella o sin ella, lo realmente importante es que la música que se crea esté conectada con un proyecto y una visión del mundo, porque es esa visión la que luego hace que lleguen las audiencias para las que esto resulta de interés.

El día a día del músico está lleno de actividades. Pero detenerse varios días a escribirlo brinda la ocasión para apreciar en la distancia lo mucho que este oficio tiene de expresión, comunicación, sensibilidad y humanidad.

Con amor. Muchas gracias

Abstract: This biographical narrative retraces the journey of a Colombian bassist from his roots in carranga to his roles in Los Rolling Ruanas and La Pambelé Orchestra. It highlights his academic formation, the interplay of traditional and urban sounds, and the importance of collaboration in his career. The pandemic led to remote creative processes and a stylistic shift. Music emerges as a space for identity, expression, and cultural transformation.

Keywords: music - electric bass - vallenato - carranga - Los Rolling Ruanas

Resumo: Esta biografia reconstrói o percurso de um baixista colombiano desde sua relação com a carranga até sua atuação com Los Rolling Ruanas e a Orquestra La Pambelé. O texto enfatiza sua formação acadêmica, o diálogo entre sons tradicionais e urbanos e o papel da colaboração em sua carreira. A pandemia impulsionou processos criativos remotos e uma virada estilística. A música aparece como espaço de identidade, expressão e transformação cultural.

Palavras-chave: música - baixo elétrico - vallenato - carranga - Los Rolling Ruanas

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo]
